

# LOS SOFISTAS Y LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO

**D**ICEN que Gustavo Thibon se dispone en Francia a componer una apología de Nietzsche para probar que el filósofo del superhombre no era tan anticristiano como se cree, y que es posible un contacto y una armonía entre su sistema y el cristianismo, tan menospreciado e injuriado en sus obras. Difícil le va a ser a Thibon dar cima lograda a su empeño, y ya surge entre quienes comentan el arriesgado propósito una palabra: sofista. Todo lo puede realizar un sofista. La esencia de su condición se ofrece, desde los tiempos antesocráticos, dando visos racionales de verdad y buen discurso a cuantas materias toca el raciocinio.

No cabe, sin embargo, una enemiga absoluta a quien juega con las ideas como un hábil prestidigitador con los objetos tangibles de uso corriente. La sofística nace en Grecia para oponerse a ciertas exageraciones de un dogmatismo avasallador. Estúdiense las escuelas anteriores a Sócrates. Encontraremos en la eleática a Zenón, el cual nada tiene de común, salvo la homonimia, con Zenón de Citium o del Pórtico, fundador del estoicismo. De Zenón de Elea son famosos los sofismas que se oponen a que pueda existir el movimiento y de cómo tampoco es posible que Aquiles, el de los pies ligeros, logre en su carrera alcanzar a la tortuga. El mo-

vimiento se demuestra andando, le contestaban, y un tinte de risa irónica iba acogiendo todos los dogmatismos exagerados, de espaldas a la realidad de las cosas y buenos únicamente para el solaz de unas horas en el recreo de la inteligencia y el asueto de las facultades discursivas. Las escuelas jónica, itálica, eleática y atomista de Leucipo y Demócrito llegan hasta Sócrates por el intermedio de los sofistas y escépticos, a cuyos desafueros en el orden de la razón y de la moral puso una barrera de virtud razonada el filósofo maestro de Platón. Los sofistas decían que todo puede ser defendido o atacado a voluntad; que nada existe en la realidad de los seres y los objetos; que las formas son meras apariencias y que la verdad es solamente una ilusión, pues no hay concepto de la mente que escape a ser examinado en un sentido o en otro, según convenga a las intenciones y necesidades de una circunstancia, de un momento, de un determinado interés. Sexto Empírico inserta en sus *Hipotiposis pirrónicas* los argumentos de Anaxágoras para demostrar que la nieve es negra. Todo ello no deja de ser gracioso, lo mismo que los sofismas de Eubúlides y los sorites en que después se han inspirado, a través de toda la literatura, los humoristas de aquí y de allá.

Los principales sofistas anteriores a Sócrates son Protágoras de Abdera y Gorgias Leontino. Tienen ambos al hombre por medida de cuanto pueda concebirse o ser observado. No pocas escuelas filosóficas modernas proceden de Protágoras y de Gorgias. Los sofistas dicen que lo saben todo. Sócrates acepta la fórmula: «Sólo sé que no sé nada.» Los primeros creen poseer la ciencia (*sophos*) sin limitación alguna. El sabio de Atenas, hijo del escultor Sofronisco y de la comadrona Fenareta, se llama simplemente amorador de la filosofía, filósofo. Jamás vocablo alguno ha tenido fortuna semejante. Los términos filosofía y filósofo van llenos de vida, de historia, de alma, de luces. Sócrates combate la sofística con la moral. La virtud, el bien, la conciencia de obrar según unos principios que no admiten contradicción ni en la metafísica ni en la lógica, es algo que se impone para la buena marcha de los individuos y de los pueblos, los cuales, si han de vivir sin despeñarse a

cada paso en la duda y el escepticismo, necesitan reconocer la virtud y la moral. Sócrates es, en el orden del tiempo, el padre de la filosofía. Sus discípulos principales son el republicano Platón y el monárquico Jenofonte. Aristóteles, a quien ha de cristianizar Santo Tomás de Aquino, es discípulo de Platón.

Pero la sofística no acaba con Sócrates. En el siglo v antes de nuestra era vemos una apología de la virtud, un reconocimiento del orden moral, una restauración entera de los valores del alma, que había de poner en su punto adecuado el cristianismo. Pero como la historia de la sofística es la historia del pensamiento humano, y allí donde los hombres piensan habrá siempre sofistas, en el siglo xvii francés, en la Francia de Luis XIV, pudo decir, a pesar de Sócrates, el duque de La Rochefoucault en una de sus *Máximas*: «Nuestras virtudes no son la mayor parte de las veces sino los vicios disfrazados.» Todo error doctrinal es producto de un sofisma. Sofistas, más o menos divertidos y más o menos geniales, son los autores de sistemas en contradicción con la verdad cristiana y católica, y, ya en horizontes más asequibles al común de los mortales, opuestos al buen sentido, al sano criterio de conciencia, a la opinión y juicio de los hombres sensatos. El monismo antiguo de Parménides de Elea y Meliso de Samos se convirtió, andando los siglos, en el panteísmo de Benito Espinosa y en el profesado por las escuelas trascendentales de Alemania que proceden de Kant. El principio de contradicción escolástico, base de la sana metafísica, daba como cierta la imposibilidad de que una cosa sea y no sea al mismo tiempo. Ya Descartes funda su sistema «sobre las ruinas del principio de contradicción», como dice con frase certera el cardenal dominico padre Ceferino González. Hegel identifica el ser con la nada, y uno de sus discípulos, Carlos Rosenkranz, saca a luz en Koenigsberg, la patria de Kant, en 1853, su famosa *Estética de lo feo* (*Aesthetik des Hässlichen*), que podría ser el código de cuantas desviaciones modernas en punto a literatura y bellas artes ha producido el ansia de llamar la atención; *épater le bourgeois*, dicen los franceses.

La historia de la sofística es la historia de los divertimientos.

La comedia, desde Aristófanes, castiga riendo las costumbres. La frase no es antigua. Su autor es Santeul. Buen sofista es el que a su vez castiga riendo los atentados al buen sentido en un juego engolado de la pedantería. Pero aquí ya el sofista se trastrueca en humor, y se invierten los términos de modo que quien posee equilibrio mental en el pensar común de sus contemporáneos es el burador y el dogmatista riguroso el burlado. Hay una anécdota estudiantil graciosa de hace medio siglo. Se definía entonces el delito por los penalistas como una perturbación del Derecho, y era dolo la intención deliberada y libre de perturbar el orden jurídico. No estaba mal la fórmula para dentro de clase. Se desvanecía en cuanto la sacaban a la luz del sol. El catedrático acostumbraba a llevar una vez al año a sus alumnos a la Cárcel Modelo en visita de estudios, y es fama que en una ocasión se dirigió a un delincuente empedernido con la pregunta: «¿Hubo dolo?» La contestación, muy lógica, del criminal no es para transcrita. Hubo, en sentir del asesino, masculinidad. He aquí una fórmula de ciencia que se presta a la risa, ni más ni menos que los argumentos de Zenón de Elea. El delito es una perturbación del Derecho. ¿Quién pudo negarlo? La fórmula sirve muy bien para la clase de Penal. Preguntemos a cada delincuente si al cometer su delito ha tenido intención deliberada y libre de perturbar el Derecho en su conjunto, en su tronco, no únicamente en una de sus ramas. Les hablamos un lenguaje completamente ajeno a ellos. Ninguno, en realidad de verdad, ha tenido semejante intención, y surge inmediatamente el sofisma: ninguno ha cometido delito, y pueden salir a la calle, en libertad absoluta, asesinos, ladrones, parricidas, profesionales de la estafa y toda la fauna maleante. Se vuelve el sofisma contra el que posee la verdad. Hay una confusión de conceptos y de palabras. Es que la ciencia del Derecho Penal se ha estrechado en límites demasiado propios, muy íntimos a la capillita de los iniciados, y como a la fórmula consagrada y precisa le falta expansión, vida, luz, conciencia en las masas y movimientos, viene el ridículo en la pregunta impertinente de un profesor, antes catedrático que hombre.

Siempre el esoterismo, el sistema de iniciación al modo de los

pitagóricos, el lenguaje oscuro, altisonante y artificial, han producido, por natural reacción entre los hombres de buen sentido, ya la burla, ya el sofisma, ya la solución escéptica a todo lo racional. No olvidemos que la sofística, origen muy señalado del escepticismo, nace en la antigua Grecia de los excesos dogmáticos a que da nombre principalmente Zenón de Elea, y luego se extiende por toda la historia del pensamiento universal y entra en la génesis de todos los divertimientos intelectuales. No negaré que hay sofistas deliciosos que revelan finura, sutileza, penetración y exquisitez. Los esnobismos que imponen determinadas modas en literatura, en música, en artes plásticas, en el mismo terreno de la filosofía, se nutren de argumentos sofísticos. Toda la exégesis de Mallarmé y de Paul Valéry es una delicada sofística. Su base se encuentra en la identificación del ser con la nada, a que Hegel nos acostumbró. Del filósofo de Stuttgart procede el citado Rossenkrantz con la *Estética de lo feo*, y Carlos Marx, cuyas doctrinas en lo especulativo y en lo práctico pudieran producir la ruina completa de la civilización y de todo principio de humanidad de no irles a la mano con las sanas enseñanzas de la verdad y confiados en las palabras de Jesucristo cuando asegura que las puertas del infierno no prevalecerán contra su Iglesia.

Pero en la vida del pensamiento hay algo más que sofística. Hay las razones de eternidad manifestadas en la fe católica, en la claridad de conciencia de quienes llaman a las cosas por su nombre, en la corriente de la sana doctrina, desde Sócrates hasta las últimas y recientes etapas del discurrir sensato y católico. Hay opuestos a la sofística los valores eternos, el clasicismo, consagrado por las generaciones en ciencias, artes y letras, y también unos cuantos hombres, guía de la Humanidad, que aparecen como faros luminosos cuando todo se vuelve tinieblas y dudas. La España moderna, en los años transcurridos desde la muerte de Fernando VII hasta 1946, cuenta con tres genios superiores, que vienen a representar la antítesis de toda sofística; y conste que en el término antítesis empleado no cabe la síntesis, identificación de contrarios, de Hegel y Renouvier. La verdad segura en esta España del XIX

y la primera mitad del siglo actual la poseen, la manifiestan, la encarnan y la realizan Balmes, Menéndez y Pelayo y nuestro Caudillo glorioso, don Francisco Franco Bahamonde. En estos tres hombres todo es oro, sin el menor adarme de escoria; todo responde a la fe y a la tradición secular de la Patria; todo se ordena al bien común; todo encuentra base firme en la metafísica de Santo Tomás, sea en el campo de la mera especulación, sea en el arte de gobernar al Estado. Quizá, examinadas las cosas con un criterio de justicia, recta razón y buen sentido, en no pocas ocasiones nos ocurra lo que al Fígaro de Beaumarchais, que se reía de todo para no verse obligado a llorar con aquello mismo de que se reía. Pero se llega a un punto en que la risa se extingue. Tenemos entonces que reconocer la verdad de lo eterno. Ante las figuras de Balmes, de Menéndez y Pelayo y de Franco, toda sofística plega su alas y se esconde en el rincón oscuro de su impotencia para crear. Entonces por fuerza se ha de creer, respetar y venerar a quienes llevan en la mano luces del cielo.

LUIS ARAUJO COSTA